

zar de sus senos el alma coincidieron ¡ay! con la horrible aparición de Santiago, quien creyó salvar á su amada como recompensa de su primer victoria, pues acababa de tomar el alto de caza, y sólo encontró un cadáver, que fué conducido por el impulso de las aguas mismas al pié de la escalera por donde bajaba, mas tan desfigurado, que sólo pudo reconocerlo por las vestiduras de boda, puesto que cara y manos y cuello, se lo habían comido las ratas. Entonces oyóse por todas partes, con estruendo superior al estruendo del trueno, esta terrible palabra: venganza, venganza, venganza.

CAPÍTULO XIII.

LA VENGANZA.

Al ver Santiago muerta, y muerta de aquel modo, á la hermosa joven, á quien había con todo su corazón amado; al sentir que la soberbia feudal se interpusiera bárbara y cruel en el justo y legítimo logro de un amor santo la noche misma de su alegre boda trocada en luctuoso entierro; al considerar el martirio de la infeliz, sus tremendos dolores físicos sumados á sus tremendos dolores morales; al contemplarla ¡él! que tantas veces la viera realmente entre las flores del campo y en sueños entre los ángeles del cielo, devorada por las ratas de los lugares inmundos; todos los instintos carniceros de su naturaleza bravia, se arremolinaron sobre su corazón, y sin arrancar ni una lágrima de sus ojos secos y áridos, sugiriéronle un rugido

tal, que los circunstantes todos temblaron, como si á una se hallaran sobre suelo estremeado por las sacudidas y violencias de súbito terremoto. Su férrea mano, nerviosamente crispada, cogió el brazo de Melchor con furor; y su boca, de un silencio terrible, como el silencio precursor de las tormentas, exhaló cuatro palabras entrecortadas y balbucientes, en cuyas rotas sílabas iban mil pasiones diversas como en los relámpagos van los truenos.

Aún el general de aquella tropa improvisada no había manifestado las entrañas de su corazón y la intensidad de su dolor, cuando apareció la bruja Thebaida, con túnica roja ceñida por áureo cinturón, y velo negro bordado de animales simbólicos y flores extrañas, semejándose á las magas y hechiceras, que presidian los ejércitos de Atila, en el tiempo de las irrupciones bárbaras, y que tomaban en el pensamiento de los pueblos el aspecto de genios apocalípticos, abortados por los infiernos, para traer al planeta la desolación y la muerte. Llevaba, en una mano, el torso de las bacantes antiguas, desde cuyo extremo caían, como cintas de yedra pegadas y adheridas á un leño, culebras y serpientes vivas, las cuales abrían

las fauces varias y estiraban y encogían sus largos cuerpos al compás de los discordes clamores lanzados por la maga, clamores tan siniestros como los gritos que lanzan las aves marinas, en días de tempestad, sobre los oleajes y fragores de la tormenta. Y si en la una mano, en la izquierda, vibraba con furor aquel signo de torpísima hechicería; en la otra mano, en la derecha, como audaz soldado en áspero combate, blandía espada reluciente, que culebreaba también á guisa de un cometa de acero, y despedía á la luz de aquel tremendo amanecer ¡ay! reverberaciones de tal intensidad, que podrían confundirse con las centellas eléctricas. Nadie comprendía ni los movimientos hechos por aquel cuerpo flexible, ni las palabras escapadas de aquellos labios vibrantes, ni los gestos de aquel rostro inhumano; y por lo mismo que no se comprendía nada en absoluto de todo cuanto iba escondido por sus gestos y por sus frases, creíanla capaz de conjurar las fuerzas destructoras, que hay en la naturaleza, contra los tiranos, y de traer al mundo los diablos encerrados en los profundos infiernos, como un ejército puesto por el genio del mal á su merced y arbitrio en virtud de mágica y sobrenatural liturgia.

Lo cierto es, que las gentes aquellas se agolpaban á su paso, y al verla cómo encendía una hoguera gigante con cuatro soplos, y cómo asestaba maldiciones al cielo y al abismo en tres frases, sin temor alguno ni á los dioses infernales ni á los dioses propicios, imaginaban que cada círculo trazado en los aires por sus serpientes y cada golpe dado al suelo por su espada, traían del infierno los genios protervos, cuyo hálito produce la devastación y siembra por todas partes las semillas del mal, á manera de fuerzas sometidas á tan grande sublevación, y empeñadas en el inmediato logro de su vasta empresa.

Después de emplear todas estas manobras mágicas, á cuya eficacia quedaban los pobres labriegos como hechizados, y cautivos del vano sortilegio, Thebaida se creía obligada desde luego á descender hasta la persuasión natural y emplear la lengua del pueblo, esgrimida y manejada por ella con verdadera elocuencia. El odio á los opresores, hallábase arraigado con tan profundo arraigo en el corazón de los oprimidos, que bien poco había menester Thebaida para que se encendieran y estallaran los corazones en arrebatos de loco entusiasmo, y en propósitos de tremendo y perseverante combate.

—Alemania entera, exclamaba, es una carnicería, que chorrea sangre, y los nobles todos son carniceros, que degüellan á los siervos como podrían degollar su ganado. No queda, no, al rebelde más remedio que vencer ó morir; pues á cuantos han depuesto en otras regiones las armas, les han arrancado los ojos. Todas las generaciones por venir, podrían ahogarse á una en el océano de sangre que la nobleza infame ha sacado á la generación presente. Yo he visto á mi padre pender de una horca del castillo, devorado por los cuervos del aire. Los castellanos enceraban sus enseres de guerra con el sebo extraído de aquel profanado cadáver. Y entonces me dí al diablo, y le juré que había de untar las suelas de mis zapatos en el sebo extraído del cuerpo de los nobles. ¡Sus! Como las zorras se lanzan sobre las gallinas, como los milanos sobre las palomas, como los lobos sobre los corderos, como los leones sobre los caballos, debéis vosotros lanzaros sobre los aristócratas. Mirad lo que ha hecho de la pobre Catalina, miradlo. Porque no ha querido la infeliz prestarse á sus placeres de sobremesa, ¡oh! ha dejado que se la comieran y la devoraran las ratas de sus cloacas. ¡Sus! A la guerra. Untemos nuestros zapatos

de clavos en el sebo de los nobles de sangre. ¡Sus! Cada hoz de siega debe trocarse pronto en corvo alfanje de guerra, y cada terrón de tierra en formidable fortaleza de batalla. Penetre la ira dentro de vuestro pecho, y no salga, no, hasta el exterminio completo de la infame aristocracia que ha sido nuestro verdugo, y el desarraigo de sus castillos que han sido nuestros patíbulos. ¡Sus! Plebeyos, levantad la horca y poned en ella prontamente á vuestros tiranos para que los entierren cuervos, perros y lobos, en sus hambrientos estómagos. Y no déis al olvido que las mantecas aristócratas deben servir de alfombras á nuestras plantas. ¡Sus contra la nobleza y los nobles! ¡Sus, hijos de los plebeyos! Al combate, al combate.

La guerra iba desde luego á estallar con horror verdadero. Las palabras de Thebaida no se estrellaban contra oídos sordos, ni en corazones vacíos se perdían; antes por el contrario, exaltaban todos los sentimientos y enardecían la sangre, comunicando bélico entusiasmo, como la luz y el fuego comunican á los objetos circunstantes su difusivo calor. Bien es verdad que á la vista del deforme cadáver habíase indignado la población entera y salido de madre, como esas

inundaciones misteriosas é inesperadas, que bajando de altas y apartadísimas montañas, rompen por todo, y caen como un diluvio con impetu en las honduras y abismos del valle. La mucha sangre y las muchas lágrimas derramadas al impulso de los caprichos aristocráticos del conde soberano, habían formado en aquella hora solemne una verdadera nube tonante, que iba en derecha á descargar su furia sobre las altas cimas, donde se mostraba la inmensa fuerza y autoridad del bárbaro feudalismo. No de otra suerte la humilde nube, por la evaporación del hondo lago y humilde arroyo formada, sube rápida en las alillas del aire por las inmensas alturas, y allí se agarra fuertemente, descargando en las laderas y entrañas de tan excelsa eminencia sus rayos devastadores. La resignada comarca, que había sufrido con paciencia tantas tiranías, y que semejaba un aprisco de baladoras ovejas ó un refugio de candidas palomas, habíase trocado en estadio de combates, el cual resonaba por doquier con el grito de las muchedumbres airadas y con el estruendo de las armas requeridas y prontas.

Bien es verdad que aquel pobre Santiago, hijo de un humilde posadero, y él mismo

posadero también, recibió de la naturaleza todos los dones indispensables para ser un gran general. Además del valor temerario, que se cree inaccesible á los tiros, y dotado de una relativa inmortalidad, pudiendo caer en las llamas de la guerra sin quemarse como el amianto en el fuego y en la combustión sin consumirse, tenía las dos calidades militares por excelencia, el don de mando y el de organización. Todavía no se presentaba delante de una muchedumbre, y ya se veía que lo designaba el destino á mandar. La serenidad olímpica de su frente, los certeros dardos de su mirada, el estentóreo estruendo de su voz, el majestuoso continente de su actitud, bastábanle para encadenar los más rebeldes á sus plantas, y darle con exceso, á primera vista, todo el poder y autoridad necesario para reunir una gran muchedumbre, disciplinarla, comprometerla de grado en los empeños de cualquier combate, y convertirla en poderoso elemento de guerra. Después de haber creído, al mirar el cadáver de su amada, que se le partía en el pecho el corazón y que se volcaba toda la sangre sobre la cabeza prontamente hasta destruirlo y aniquilarlo, había concentrado sus facultades todas en un

pensamiento único, la venganza; y resuelto á perpetrarla con verdadera celeridad. Así dejó el cadáver á la tierra fria; y se volvió en busca de la satisfacción que podía quedarle ya en el mundo, vacío á sus ojos, la satisfacción de una implacable venganza. Topó allí, ante la vista del cadáver, con la persona de Melchor, y se lanzó en sus brazos con pena, recordando cómo le había en otros días anunciando esta catástrofe con exactitud; pero bien pronto reprimió esta tierna efusión de su alma valerosa, y se dió á condensar el implacable castigo sobre la frente del infame señor. Había preferido ella la muerte horrorosa en lugares tan horribles y entre los dientes de animales tan asquerosos á desconocerlo y deshonorarlo; pues él á todas las empresas, á todas, prefería con reflexión madura la empresa de vengarla. Por lo mismo que si viviera la infeliz, rogara de seguro al amante rendido que desistiese de tal proyecto, quería consumarlo, y así verían los malvados cuánto había perdido el mundo con que le arrancasen de su seno un hermoso ángel, como Catalina, de conmiseración y de paz. Volvióse, pues, á cuantos le seguían, y de los más próximos por afeción ó por casualidad, á él, instituyó la

vanguardia de su ejército de exterminio.

Un muro, que se desploma, suele arrastrar en su ruina otros muros vecinos; un torrente, que sale de madre, suele beber en los torrentes cercanos; y un ejército, que se organiza, coge al paso y lleva en sus filas á cuantos encuentra. Santiaguillo incorporó los múltiples grupos, topados en su camino con sólo exponerles en dos palabras el origen de su afrenta, y excitarlos con el gesto al placer de la venganza. El campesino, como tantas veces le habia dicho Melchor, estaba resuelto á sublevarse por no poder sufrir la tiranía feudal, y agitaba en su mente la idea de un próximo desquite y de una completa emancipación. Por consiguiente, á la primer palabra, el que diera todas sus fuerzas al arado un día, daba entonces todas sus fuerzas al combate, y se convertia de jornalero humildísimo en soberbio y audaz soldado. Así toda la comarca resonaba, como si una tempestad inmensa encendiese los aires, con los gritos de guerra y de combate á muerte, reclamados por el furor de la revolución y el placer de la venganza.

—Guerra implacible á los castillos,—decían unos.

—Muerte á los nobles,—decían otros.

—Que los infames violadores de nuestras mujeres caigan en el hondo abismo.

—Que los chupadores de nuestra sangre y de nuestro sudor, desaparezcan del haz de nuestro suelo.

—Guerra, guerra.

—¡Odio eterno!

—Abajo el conde.

—Abajo su familia.

—Que toquen las campanas á rebato.

—Que los cañones ensordezcan los aires.

—Que cada borrego sea un tigre.

—Que cada paloma sea un milano.

—Sus contra la infame aristocracia.

—Sus contra los horribles privilegios.

—A la guerra.

—A la guerra.

—Colguemos de las propias horcas, donde han pendido nuestros padres, á los descendientes de sus horrorosos tiranos.

—Quememos sus cuerpos, como ellos han quemado nuestros cuerpos; y reduzcámoslos á cenizas, que aventen á su antojo los aires.

—Ahoguemos en sangre la tasa, la corvea, las prestaciones, los signos de nuestra horrorosa servidumbre.

—Que cada siervo sea un soberano.

—Que cada cabaña se alcé á impulsos de nuestra voluntad, mucho más arriba que las barbacas de los castillos feudales.

—Que la infame prosapia de nuestros señores, quede soterrada por siempre allá en el estrecho espacio de los feudos.

—Abajo el conde.

—Abajo el señorío.

—Abajo la servidumbre.

—Viva la libertad prometida por el Evangelio á los opresos.

—Viva Cristo.

—Guerra sin cuartel al satanás de las fortalezas.

—Viva Santiaguillo, nuestro general.

—Viva Alemania redimida.

—Paso al Evangelio en triunfo.

—Paso á la libertad completa.

—Unión entre todos los siervos para destruir á todos los señores.

Estas y otras muchas frases de odio, se proferían por aquellos campesinos en armas á medida que se acercaban al castillo, seguro blanco y objeto de todos sus odios y de todas sus iras.

—Adelante, adelante,—gritaba tan solo Santiaguillo, transfigurado en digno general de rebeldes por la hoguera de odio encen-

dida y ardiente con vivas llamas dentro de su despedazado pecho.

La incuria del conde había procurado armas á sus contrarios. Menospreciados de sus personas, jamás creyó que fuesen capaces de urdir una revolución. A tal sentimiento de aristocrático desdén, debe atribuirse que disminuyera sus mesnadas en términos de reducir las á cero, y que dejara sus armerías y sus parques á merced completa del primer ocupante. Lo primero que habían hallado en su camino aquellas gentes, fueron los arcos y ballestas, capaces de oscurecer el sol con sus flechas, como diz que hacían los ejércitos parthos. Cada cual tomó un arma de aquellas, y la requirió y montó para la ofensiva y la defensiva. Y no encontraron sólo este instrumento de anticuada y arqueológica guerra, encontraron también cañones, aunque imperfectos, con cuyo alcance y con cuyas balas podían muy bien rendir á los soberbios próceres, desdeñosos de sus vasallos, por incuria y menosprecio, hasta el increíble descuido de abandonar tanto material de guerra, como si de cosa baldía se tratase, á manos inexpertas, sí, pero capaces de incendiar la comarca, movidas por los impulsos del odio. Algunos

condotieros, dispersos y armados aparatosamente, más bien domésticos que soldados, no podían oponer resistencia grande al empuje de aquellos hombres resueltos á vender caras sus vidas y á procurarse una horrorosa venganza. Así es, que viendo el empuje y el brío y el entusiasmo y el fervor de los rebeldes, contagiáronse á sus sentimientos y les siguieron por fuerza en su camino como había de suceder á quien no contaba con el señor otros lazos que los quebradizos del dinero, pago de un forzoso é interesado servicio. Siempre que choca un interés con una idea, se rompe al cabo el interés, que parece tan fuerte, contra la idea, que parece tan vaporosa y tan etérea. Los guardias que había escogido el conde para su resguardo y custodia, se unieron también á los labriegos que tramaban su perdición y su muerte. Nada tan fácil como desvanecer aquella nube incipiente; pero nada tan confiado como un déspota que se duerme con la seguridad absoluta de que sus siervos y vasallos han de rendirle y prestarle pasiva obediencia. La tormenta se condensaba poco á poco en grandísima condensación; y el conde no la veía por ninguna parte, apesadumbrado y amargadísimo con el terrible lance de Cata-

lina, cuya suerte por completo ignoraba en las alturas vertiginosas de su caballeresco menosprecio hácia cuanto vivía y se agitaba en los abismos insondables del vasallaje y de la servidumbre. Así el ballestero improvisado; el jinete albanés recogido allá ó aquí, aunque lo había pagado él así como su caballo; los brabanzones y los suizos de á pié; los lansquenets alemanes; los condotieros de todas procedencias, restos y nada más que restos del ejército á sueldo feudal, pasaron á poder de los labriegos insurrectos, merced al prestigioso poder y á la incontable autoridad de Santiaguillo, quien los incorporó bajo sus banderas, y los asestó, como si fueran los inertes instrumentos de guerra encontrados al paso, contra su dueño y señor en aquella gigantesca explosión de una guerra social.

Bajaba el sol de la tarde hacia su ocaso y aunque todo el día trascurriera en levantamientos parciales y aglomeración y suma de fuerzas para tomar el castillo, nada sabía el castellano, pues, al entrar de su postrera ventura, diera orden de que cerraran herméticamente las puertas, y no tolerasen ni entrada ni salida por ningún motivo ni pretexto á nadie, resuelto después del terrible

paso en la noche anterior sucedido, á recluirse dentro de si mismo y no comunicarse con ningún sér humano, como cansado que se hallaba el feudal caballero de su inútil y porfiado combate. Asi pasó todo el día tendido en su cama, con la soñolencia propia de quien ha atravesado muchas horas en larga vela, y ha sentido profundas emociones en trágicas incidencias. Por fin, al anoecer, y en el momento en que los labriegos, ya organizados como un ejército y con armas, se dirigian al castillo, sentóse á la mesa el conde, y comió, aunque maquinalmente, con verdadero apetito, y en profundo silencio. Acompañábanle senescal, elector, barones y huéspedes varios, pero no les había dicho una palabra. Necesitóse que llegára el término de la comida y se subieran los vinos á la cabeza para que iniciara una conversación, y una conversación de política, poco frecuente por cierto en aquella fortaleza, donde residía un señor dado al placer y ajeno á más grave y más alto empleo de sus pervertidas facultades.

—¿Qué hay?—preguntó volviéndose al elector, después de haber apurado la última copa.

—Malas noticias,—dijo el elector.

—¿Malas?

—Pesimas,—añadió el senescal.

—¿Qué sucede?—volvió á preguntar el conde.

—Que la guerra social se agrava,—respondió el elector.

—¿Pues cómo?

—¿Cómo?

—Sí, ¿cómo?

—Hasta los nobles toman parte activa en ella.

—¿De veras?

—Ahí tenéis á Florián,—exclamó el senescal.

—Cumplido caballero,—añadió el conde.

—Pues, cumplido caballero, y todo como decis, va en una banda, que toma castillos nobiliarios y devasta tierras feudales.

—¿Qué locura!

—Y si fuera sólo Florián; pero Goetz se ha metido en el ajo también, y ha de dar mucho que hacer á las tropas señoriales, y mucho que decir á las gentes todas,—observó el senescal.

—Como que es uno de nuestros primeros generales,—dijo el elector.

—No me curo de tales cosas,—añadió el conde con despreciativo movimiento de